



# INMIGRANTES

MIGUEL PELAY OROZCO

Mi querido amigo Boni Otegui me ha señalado el tema: la inmigración. No sé si será tomar el rábano por las hojas pero, en lugar de hablar de las gentes que han venido de otras tierras a establecerse en nuestro país, siento el deseo de ocuparme de los vascos que por unas u otras razones se vieron forzados a rehacer sus vidas en países muy alejados de aquel que les viera nacer.

El éxodo vasco pudo obedecer, en épocas pretéritas, a la pobreza del país. Mucho se ha hablado de ello. Pudo obede-

cer, asimismo, a la excedencia humana, a lo que hoy llamaríamos paro agrario, ocasionado por ancestrales disposiciones protectoras, más que de la institución del mayorazgo en sí, de la propia casa solar vasca. Pudo obedecer también a la pujanza de algunas empresas navieras o comerciales, como la muy célebre Compañía Guipuzcoana de Caracas. O a las sucesivas guerras civiles, de las que la última, la del 36, fue definitiva al respecto, puesto que aventó fuera de Euzkadi a muchos millares de vascos de los que sólo una mínima proporción ha podido retornar al cabo de los años.

Tenemos, pues, los dos grandes factores transpositivos que han incidido de antiguo en el empobrecimiento censual del país: uno, el de la emigración, digamos clásica; esto es, la que obedece a motivos económicos, mucho más importante en el pasado que en los tiempos actuales (por más que subsista todavía esa sangría demográfica de las regiones ultrapirenaicas que lleva a la juventud, es decir, a lo mejor de su población, a abandonar la tierra de sus mayores para echar raíces en París o en Idaho, en los Estados Unidos); el segundo factor es el de los desterrados, el de los proscritos, el de los hombres que se han visto obligados a dejar su patria para instalarse en naciones lejanas y desconocidas.

Claro que ha habido también a lo largo de los años una fuga demográfica que pudiéramos llamar la de las opciones personales. Este sector, numéricamente poco importante, ha estado siempre constituido por gentes de vocación: los misioneros, los marinos, los pelotaris de cesta punta... Al parecer, últimamente han decrecido en el país las vocaciones religiosas y marineras, pero no sucede así con la de los puntistas, que va en considerable aumento. Y uno ha conocido hace cuarenta años, en La Habana, muchos pelotaris ya retirados, que fijaron allí su residencia. Es inevitable que muchos de estos hombres se establezcan definitivamente en aquellas localidades en las que transcurrieron los mejores años de sus vidas y en las que contrajeron amistades y relaciones. Se explica asimismo que hayan fundado en ellas sus familias. En una palabra, que hayan echado raíces. Por aquí también, pues, hay una pérdida demográfica, aunque sea de escaso relieve.

Como quiera que sea, un simple vistazo al listín telefónico de cualquiera de las principales capitales latinoamericanas, nos demuestra la importancia que ha tenido la incidencia vasca en todas ellas. López Mendizábal, que estudió más de 24.000 apellidos vascos, señalaba que solamente en la guía telefónica de Buenos Aires de 1941 figuraban unos dos mil diferentes. Don Ixaka explicaba que en Colombia, país que no ha sido de los de mayor inmigración vasca, había más de cinco mil apellidos vascos, según notas que le había facilitado Sandalio de Tejada. Y en Uruguay, el doctor Miguel Bañales publicó en un boletín de Filología, un trabajo en el que se reseñaban unos 12.000 apellidos vascos recogidos por él en dicha nación.

En fin. Para apuntalar la antigüedad y la significación de la presencia vasca en América, no hay más que abrir al azar un libro de Historia de cualquiera de estos países. Inmediatamente surgen, aquí y allá, los apellidos vascos. Están en todos los bandos, entre los realistas y los independentistas, los blancos y los negros, los malos y los buenos... Y están, por supuesto, entre los epónimos, los políticos, los poetas, los escritores, los pintores, los revolucionarios.

Pero, permítaseme dejar de lado las generalizaciones para que centre brevemente mi atención, o quizá mejor, mis recuerdos, en la única emigración vasca que yo conocí: la de Venezuela.

Inicialmente estaba constituida por un millar largo de personas, entre las que había profesionales y gentes de todos los oficios: médicos, arquitectos, ingenieros, abogados, carpinteros, mecánicos, electricistas, linternereros, administrativos, etc. Después irían llegando nuevos contingentes y reuniéndose matrimonios y familias que habían estado largo tiempo disgregados.

De la noche a la mañana surgieron sociedades constituidas por hombres que apenas habían tenido tiempo de conocerse durante la travesía o en el exilio francés. Compañías de construcción, talleres mecánicos, fundiciones, carpinterías... El ímpetu vasco, su tremenda disposición para el trabajo, se pusieron en acción. Los primeros tiempos fueron difíciles. Aquellos pioneros vascos eran desconocidos, no disponían de capital, ni de créditos, ni de apoyos. Tampoco conocían, a su vez, el medio en que habían de operar. Puede decirse que el único patrimonio que poseían era el de su honradez y el de su dinamismo. El de su entrega enérgica, casi entusiasta, al trabajo. Echando mano de un símil deportivo señalaré que empezaba la que iba a ser la gran carrera laboriosa e industrial de los vascos en Venezuela. Yo asistí, como quien dice, a la salida, desde el kilómetro cero, cuando el *starter* metafórico dio el pistoletazo de salida. Y puedo decir que muy pocos años después —llamo pocos a cinco o seis años— casi todas aquellas empresas surgidas de la nada gozaban ya de un prestigio y de una solvencia grandes. Y si algunas de ellas, como suele suceder con nuestras sociedades populares, se deshicieron por roces inevitables entre sus componentes, hay que señalar que lejos de desaparecer, engendraron compañías adicionales. Que es lo que ocurre también con las citadas sociedades populares...

Yo no soy un político, ni un sociólogo, ni un hombre que guarde en el bolsillo ningún tipo de soluciones y panaceas. Ahora, lo que sí creo es que si al hombre de nuestra tierra se le priva del estímulo personal, de esa inclinación competitiva que lleva, para bien o para mal, inserta en lo más profundo de su ser, se le deja a merced de toda suerte de vaivenes e inanidades.

Muchas veces he solido pensar que con vascos como los que yo vi funcionar en Venezuela —y tres o cuatro décadas son poco tiempo para que haya podido desaparecer aquella estirpe humana— este viejo país, por grave que pueda llegar a ser su desmoralización y su empobrecimiento, volvería a levantarse rápidamente y de una vez por todas...

Donostia, junio de 1981.